1944 - 1947

15 MILLONES DE ALEMANES

Arrojados de sus casas y su tierra
con lo que llevaban puesto

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com

Alfred M. De Zayas

1944 - 1947

15 MILLONES DE ALEMANES
Arrojados de sus casas y su tierra
con lo que llevaban puesto

**Después de haber transcurrido 67 años
de las trágicas expulsiones de 15 millones
de alemanes, es natural que muchos detalles
parezcan reiterativos o irrelevantes, y por eso
se han omitido en esta nueva edición.
Sin embargo, lo fundamental permanece.**

HISTORIA XXI

NOTA DEL EDITOR

La sociedad contemporánea está siendo testigo de una cierta homogeneización política y económica en todo el globo terráqueo. El interés por la diversidad como contrapartida, está cada vez más arraigado en amplios sectores de la población. Y a la diversidad en otros campos debe añadirse el derecho a la diversidad intelectual. El derecho a la discrepancia. El investigar o profundizar en aspectos poco conocidos u ocultos de nuestra historia más próxima, es uno de los retos más apasionantes de este siglo. El releer la historia al margen de tabúes políticos impuestos por la moda del momento, es una de las asignaturas pendientes de la historia contemporánea.

El objeto de este libro, y de la colección que lo enmarca, es difundir entre el público aspectos poco conocidos, aunque fundamentales, de la historia del siglo xx. El editor no pretende exaltar régimen político alguno ni desenterrar del cementerio de la historia movimientos fallecidos hace muchos años. Tampoco es intención del editor hacer apología alguna de ninguna ideología ni fomentar ningún tipo de discriminación.

Por el contrario, la finalidad del editor es dar a conocer las nuevas corrientes del pensamiento al ciudadano y contribuir a la formación de una opinión pública libre, fundamento del orden democrático. Ante la gran demanda de información que existe sobre estos temas, esta colección pretende hacer efectivo el derecho a ser libremente informados.

PRÓLOGO DEL EDITOR

La Segunda Guerra Mundial marcó una época. Se han publicado muy buenos estudios sobre muchos aspectos de esta guerra. Pero una de las mayores consecuencias de la guerra ha escapado, sin embargo, a la atención que merece: la expulsión de 15 millones de alemanes de sus hogares en Europa Central y Oriental. **Un movimiento que alteró radicalmente el mapa demográfico, político y económico de Europa.** Cuando se repasan las obras globales que sobre la Segunda Guerra Mundial se exhiben en las librerías españolas, no se encuentra ninguna referencia a este fenómeno, aparte de un mapa –que casi todas ellas contienen– donde una serie de flechas, acompañadas de cifras, marcan el punto de origen y el de destino, así como el volumen de estas deportaciones de población alemana. Esos mapas transforman la tragedia de quince millones de personas, obligadas a dejar sus hogares, en un mapa confuso, que por simple saturación de datos resulta inasimilable, y que en todo caso no explica nada sobre los orígenes, motivos ni formas de esas deportaciones masivas.

Naturalmente, tampoco nos da a conocer los sufrimientos. **Unos dos millones de alemanes no sobrevivieron a esta involuntaria emigración. Los millones restantes fueron amontonados en una Alemania truncada, con una extensión muy disminuida respecto a la de 1939, que había sido devastada, hasta ser poco más que una masa de ruinas calcinadas, por**

los bombardeos aéreos anglo-norteamericanos, con una economía productiva reducida a la nada, y que debía soportar además de su población depauperada a cuatro Ejércitos de Ocupación. Aunque los citados mapas no hablen de ello, las miserias humanas que acompañaron este movimiento masivo, especialmente en los años 1945-48, hacen de él uno de los episodios más deprimentes de la historia del siglo XX.

Por eso es sorprendente que, fuera de Alemania, se sepa tan poco sobre esta desgraciada secuela de la guerra. En países que, como España, fueron neutrales, lo ocurrido en esas fechas en Alemania no ha despertado el más mínimo interés. Ahora bien, como a la *guerra caliente* contra el III Reich sucedió, casi sin solución de continuidad, la *guerra fría* contra la URSS, el episodio de la deportación masiva, en crueles condiciones, de millones de alemanes, en el caso de ser tratado, se presentaba como una muestra más de la barbarie que acompañó (y por tanto podía acompañar en el futuro) el avance del Ejército Rojo.

Aún menos es lo que se ha debatido sobre el papel que los Estados Unidos y la Gran Bretaña tuvieron en la autorización de las expulsiones. ¿Cómo llegó a producirse este extraordinario hecho? ¿Era necesario para la paz en Europa? ¿Hasta qué punto las potencias occidentales comparten la responsabilidad? Su implicación en estos hechos, ¿era compatible con los principios democráticos y humanitarios? **Los historiadores británicos y norteamericanos han eludido estos temas.**

Las obras consagradas a este mismo tema por autores alemanes oscilan entre las memorias individuales, extraordinariamente elocuentes sobre los perfiles de la tragedia, pero que no nos muestran un cuadro general del fenómeno, y vastas obras de recopilación de datos, testimonios y estadísticas, que por su extensión resultan inapropiadas para el lector, que en

realidad debe familiarizarse aún con los datos fundamentales del problema. Por esta razón hemos elegido para su publicación una obra como la de Alfred M. de Zayas que, por su extensión parece más apropiada para nuestro público, sin dejar de ser una sólida obra de investigación y síntesis, escrita desde una más que notable base jurídica.

Vamos a revisar brevemente qué es lo que ocurrió. En octubre de 1944 el Ejército Rojo avanzó a través de Prusia Oriental e hizo estallar una huida masiva de civiles alemanes hacia el Oeste. Entre 4 y 5 millones de personas huyeron por tierra o por mar desde Prusia Oriental, Pomerania, Silesia y Brandenburgo oriental. Unos 4 millones de personas más no pudieron ser evacuadas a tiempo, o rechazaron el abandonar sus casas, pese a los peligros que suponía la ocupación militar enemiga. Otros millones de alemanes permanecieron en la región de los Sudetes, zona bajo soberanía checa entre 1919 y 1938, pero que había sido anexionado por el Reich mediante los Pactos de Munich de 1938. Un gran número de enclaves de población alemana, con orígenes que se remontaban a la Edad Media en muchos casos, permanecieron en otras partes de Polonia (en sus fronteras de la preguerra), en Hungría, en Rumania y en Yugoslavia. Sin embargo, en los dos últimos años de la guerra se había ido diseñando una política Aliada de gran envergadura que pretendía realizar grandes amputaciones territoriales al Reich, así como una extirpación radical de los habitantes alemanes de Europa Central y Oriental. Cuando concluyó la Conferencia de Postdam (17 de julio a 2 de agosto de 1945) se anunció un Protocolo, cuyo artículo XIII° autorizaba el traslado de los alemanes del Este hacia lo que quedaba del Reich.

¿Existía algún fenómeno histórico paralelo, o algún precedente para un transvase de población de esta envergadura?

En la Antigüedad, las deportaciones masivas de poblaciones vencidas habían sido practicadas, incluso a veces con el carácter de operación rutinaria, por pueblos como los Asirios. Durante la Edad Media, algunos de los pueblos que llegaron hasta los límites de Europa procedentes del Asia Central, como los Avaros, siguieron prácticas análogas. La práctica de trasladar a las poblaciones vencidas de los territorios conquistados fue abandonada en Europa, si se trataba de pueblos cristianos o susceptibles de ser cristianizados. En este caso, el territorio de los vencidos podía ser anexionado y dividido, pero las poblaciones eran autorizadas a permanecer en sus países, transformándose automáticamente en súbditos de los nuevos soberanos. La España Cristiana medieval dio un ejemplo de deportaciones masivas, al expulsar a la población musulmana conforme avanzaba la Reconquista –al menos en el territorio de Castilla–, porque se consideraba que no era susceptible de convertirse al cristianismo, mientras que en cambio nunca se pensó en deportar en masa a las poblaciones indígenas de la América española, ya en la Edad Moderna. Sin embargo, en el mismo Nuevo Mundo, la política norteamericana del *Destino Manifiesto* provocó el gradual desplazamiento de los Indios de las Praderas hacia el Oeste, concluyendo con la deportación de las tribus restantes hacia *reservas* establecidas por el Gobierno, durante el siglo XIX. Por desgracia, había demasiados precedentes históricos.

Después de la 1ª Guerra Mundial el principio de desplazamientos masivos obligatorios de población ganó en aceptación internacional, algo a primera vista sorprendente, teniendo en cuenta que se suponía que el mundo debía haber progresado moralmente. El tratado de intercambio de poblaciones entre Turquía y Grecia, que afectó a unos dos millones de personas, tuvo una significación internacional única, ya que fue aprobado

y supervisado por la Sociedad de Naciones. Fue un preludio ominoso de lo que estaba por llegar.

Pero, en términos humanos, ¿qué significa la deportación de 15 millones de personas al acabar la guerra? ¿Eran todos jerarcas nazis y criminales de guerra? ¿O eran en su mayoría gente normal: agricultores, trabajadores industriales, hombres y mujeres de todo tipo y condición? No se trata de considerar lo sucedido como una simple estadística de algo que les ha ocurrido a algunas personas en alguna parte del mundo. Para entender su importancia es necesario imaginarse detrás de los números a personas concretas, que tienen la gran desgracia de perder la tierra en la que han nacido y sobre la que han crecido, en la que sus antepasados vivieron y prosperaron durante generaciones. No es posible comprender lo que significan 15.000.000 de personas expulsadas de sus casas sin visualizar la imagen de una madre medio muerta arrastrando a su hijo, o la de un anciano con ojos vacíos que arrastra sus pobres pertenencias. Pero no se trató de un caso o de dos. Fueron millones de casos como este. Es eso lo que debe comprenderse, para preguntarse si la suma total de tantas tragedias equilibraba el valor de alcalizar los objetivos políticos que se suponía iban a lograrse mediante la expulsión de estos alemanes hacia el Oeste.

Incluso asumiendo que el principio de deportación forzosa está de acuerdo con los principios de la humanidad civilizada, algo más que dudoso, la ejecución de tales deportaciones debe realizarse bajo una estrecha supervisión, para minimizar las muertes y sufrimientos. El texto del Artículo XIII° del Protocolo de Postdam impone a las Potencias Signatarias la obligación de controlar que los términos del acuerdo sean observados, para asegurar que las deportaciones fueran realizadas en forma *gradual y humana.* En la medida en que las Potencias

Signatarias fueron "incapaces" de tomar las precauciones para impedir que las deportaciones degeneraran en expulsiones salvajes, esas Potencias son co-responsables de los abusos que acompañaron la implementación de este acuerdo sobre los traslados de población.

¿Cómo se llevaron a cabo esas deportaciones? Los alemanes, ¿fueron simplemente trasladados hacia el Oeste o también fueron masacrados en ese proceso? En el prólogo a la edición norteamericana de su libro, Alfred De Zayas escribía:

*Para un americano, que solo habla de "crímenes nazis", es una experiencia atroz el descubrir los excesos que acompañaron estas expulsiones. Estudiar los informes y declaraciones juradas relativas a este tema no es una tarea agradable. Entrevistas personales con testigos que no eran de nacionalidad alemana, así como a centenares de supervivientes alemanes de estas expulsiones, me confirmaron esta terrible crónica de inhumanidades. Se realizaron actos de increíble crueldad y sadismo. Civiles indefensos echados de sus casas con porras, mujeres violadas, hombres deportados para ejercer como trabajadores esclavos, miles de personas internadas en campos, en espera de su expulsión. Saber sobre todas estas atrocidades abate el ánimo. Uno se pregunta si las Democracias habían combatido la guerra contra Hitler solo para permitir la edificación de otros Buchenwald y otros Bergen-Belsen, para autorizar una política de deportaciones que iba a suponer centenares de miles de víctimas inocentes. ¿Qu*é *quedaba del humanismo, de aquello que el Presidente Wilson había llamado* 'la conciencia iluminada de la humanidad'?

No es extraño que sobre un episodio tan dantesco, y cuya realización contradice en grado sumo los ideales por los que decía combatir la coalición anti-hitleriana, se haya corrido un tupido velo. Queda fuera de nuestras posibilidades el analizar por qué los hechos relativos a estas expulsiones han

permanecido largamente ignorados por el público del mundo. Parece como si, una vez ganada la guerra, los vencedores no sintieran la necesidad de reexaminar los principios por los que habían combatido, ni verificar si esos principios estaban siendo observados. Sólo unas pocas personas públicas elevaron su voz de protesta mientras se desarrollaba aquella tragedia. Y sus palabras fueron pronto olvidadas.

Del otro lado, el pueblo alemán, habiendo sobrevivido al trauma de la capitulación incondicional, al desmembramiento de su país y a las deportaciones, no podía escapar a la necesidad de hacer una nueva valoración de su historia. Habían perdido en la Guerra Total y debían sufrir la suerte del derrotado. Es difícil explicar a quien no esté familiarizado con las tradiciones alemanas el sentido emocional que tuvo la pérdida de los territorios al Este de la Línea Oder-Neisse, en la que se encontraban las tierras natales de Immanuel Kant y Johann Gottfried Herder (Prusia Oriental), Joseph Freiherr von Eichendorff y Gerhart Hauptmann (Silesia), Edwald von Kleist (Pomerania) y Arthur Schopenhauer (Danzig), por citar sólo unos pocos. La pérdida de estas provincias históricas, que constituían una cuarta parte del territorio del Reich, aparece hoy como un fenómeno irreversible, pero muchos alemanes no han dejado de sufrir el dolor de su pérdida. Hay que decir a su favor que han renunciado a recuperarlas por irredentismo y medios violentos. Cuando muchos de los expulsados han vuelto a sus regiones de origen, ha sido de manera pacífica y amistosa, aunque en realidad muy pocos han pretendido establecerse de nuevo en Silesia, Pomerania o Prusia Oriental, incluso después de la caída de los regímenes comunistas. Por esta razón, la mayoría de los expulsados han acabado integrándose en la Alemania que restó después de concluir la Segunda Guerra Mundial (en la Occidental o en la Oriental) y lo que pudo haber sido una